Paz

☐Caro M. ☐

Capítulo 1

Pensé que era posible obtener esa paz de la mente que acompaña a los niños al salir de casa, o sea, para bien se me concediera la serenidad que durante tanto tiempo había estado buscando.

Había "plantado" tres chicas antes de que su padre muriera, y no hay nada como tener cuatro mujeres que ovulan bajo un mismo techo, todos pedaleando por la vida al mismo tiempo.

Una jubilación anticipada luego de una carrera de 25 años de ser una representante de servicio al cliente, y luego directora de varios centros de servicio al cliente, me consideraba igualmente una enviada de Dios.

Salí de la ciudad y me mudé a vivir a una maravillosa colina en ese país, con ningún otro hogar para alrededor de un cuarto de milla en cualquier dirección.

La casa era de casi un centenar de años, en una ciudad que existió en los libros de historia para más de un siglo y medio.

La encontré por casualidad, como iba pasando a través de mi camino a una conferencia hace unos seis años.

Era el lugar perfecto para el retiro, especialmente para alguien como yo cuyo hobby era estudiar la historia y coleccionismo antigüedades de frontera.

Dicho sea de paso, 1ue había adquirido una serie de artículos muy exclusivos durante los años; cada uno llevó a cabo un lugar especial en mi corazón.

Pero nunca había encontrado algo tan único como mi primer hallazgo en mi nueva ciudad.

Ser nueva en la ciudad pues, decidí que sería una buena idea ir a una venta de inmuebles en una vieja granja.

Enterrados bajo varias capas de mantas polilla comida fue una muñeca cosida mano vieja.

No podía saber con certeza, pero parecía como si era como mi casa.

El vestido fue raído y manchado y la mayoría del pelo se había ido pero aparte de eso, ella se veía bien.

El momento en que lo compré, me sentía como si ella debe ser llamada Maddie.

Yo, había limpiado para arriba y le dio un lugar destacado en mi colección de artículos especiales. Pero ella no parecía pertenecer en un estante, o así creía la niña en mí.

Por lo tanto, me mantuve en mi cama, incluso cuando dormía por la noche.

Mi necesidad de estar lejos de todo el drama que podrían producir trabajando en servicio al cliente y vivir en una gran ciudad, había sido el catalizador de mi planificación para estar listo para la jubilación.

Yo había acumulado un dinero bastante elevado haciendo algunas inversiones inteligentes sobre los años.

Así que la tranquila soledad de la vida del país debe me han traído mis rodillas con alegría.

En cambio, fue una puta soledad poco a poco penetrante que trabajó su manera en mí.

El no sonar teléfonos o lloriquear voces atareadas.

El no constante empujando la de la gente con preguntas o quejas.

No hay jefes de 100% satisfacción del cliente, los disgustados clientes o mal humor bajo personal compensado.

No hay ningún tráfico, no hay vecinos con argumentos, no existe el auge ruidoso cargado de coches por con el volumen en su bajo confunde las ventanas; no aparecerieron adolescentes salvajes ferina arriba o voz alta gritando a los niños.

La paz de esta colina y el espacio abierto era profunda y abarcante. Fue extraño, esta falta de sonido. Me puse nerviosa algunas veces.

La tranquilidad que tuve una vez anhelaba y ahora tenía, estaba comiendo me poco a poco.

Despierta en medio de la noche a llamadas fantasmas para mamá. En el pasado, detestaba hablar por teléfono una vez que llegué a mi casa. Todos estos años de estar en el teléfono como parte de mi ocupación me habían arruinado.

Ahora, esperaba una llamada de alguien, por cualquier razón. Pero apenas sonó el teléfono.

La primera vez que traté de tener una conversación real con un vendedor debería haber sido una señal de que tenía que salir más.

Una noche, estaba tan tranquila, que he contado a los segundos como que hizo tictac en mi reloj de pulsera. Me puse tan mal por la oscuridad de la noche, iría mirar las estrellas con asombro y grito.

Cuando los lobos aullando en la distancia me invitaban a unirme a ellos; cantando mi soledad en el universo.

Algunos días, yo sentado en mi habitación y ver el sol camino de la subida llena de pinos.

He intentado hacer amigos pero la mayoría de la gente de la ciudad estaban ocupada con sus propias vidas y sus desprecios me agriaron de tratar más.

Mis hijas intentaron lo mejor de sí para hacerme salir más a menudo, a visitarlos o unirse a algunos de los grupos sociales en la ciudad aparentemente amigable a pocos km de distancia.

Pero por alguna razón, que no puedo explicar, me hundí más y más

profundamente en mi soledad.

Mi relación con Maddie fua la que finalmente me dió la indicación clara de que todo este tiempo solo se filtraron en mi cerebro basuras y me desquiciaron.

Me mostró a mi hijas e insistió que le traemos a lo largo de todas partes que fuimos. Pensaban que divertido al principio, pero como tiempo se ensombreció y me negué a ir a cualquier parte sin Maddie, empezaron creo que mi comportamiento extraño.

Trataron de convencerme para dejarla en casa pero decidí dejarlos solos en su lugar. Maddie me llevo a pasear.

Comimos juntas, nos acurrucamos para siestas en el sol por la tarde tarde en el porche apantallado en el césped.

Hice su ropa nueva y sus risas de alegría llenó la casa con una risa que me emocionó.

Nos hicimos inseparables. Ella me dijo sobre la historia tenebrosa de la ciudad y me enseñó cosas que ningún historiador ni estudiante conoció.

Un día, mi hija mayor vino a visitar y trató de esconderla de mí, con la intención de que le tirar en la basura. Pero escuché los gritos de Maddie por ayuda y la rescaté.

Mi hija y yo nos metimos en una pelea y la cosa siguiente fue que había abofeteado su rostro, bastante.

Nunca en todos mis días había puesto una mano a nadie. Yo estaba angustiada sobre todo esto. No sabía qué hacer.

Maddie dijo que tenía que dejar de ver a mis hijas, sólo para hacerlas sufrir un poco mientras que, por lo tanto, aprendieran a respetarla a ella y a mí: así lo hice.

Me negué a tomar sus llamadas o contestar a la puerta cuando llegasen.

Después de unas semanas, no sé cuánto tiempo fue, que rompieron la puerta con el maldito jefe policial.

Hicieron un escándalo sobre el estado de la casa que estaba en desorden y mi aspecto desarreglado. No lo entiendo.

Es decir, no entendián que Maddie no podía tomar un baño; el agua la

lastimaría, por lo que no veía necesidad de toda esa mierda.

Me llevaron lejos, a ayudarme a encontrar la paz de la mente repetían.

Al menos eso es lo que me dijo mi médico cuando fui admitida a la clínica Del Rio para la salud.

Mientras estaba desaparecida, encontraron mi Maddie y la habían donado a los dos organismos de la sociedad histórica de muñecas.

De repente, yo no pude escuchar su voz.

La separación se rasgó a mí en formas que nunca imaginaron y pasé mucho tiempo en la clínica flotante dentro y fuera de un estupor inducido médicamente.

Por último, tenía largas sesiones con mi médico en un intento de ayudarme a mejorarme.

Después de mi ruptura y posterior liberación casi un año después, las chicas al fin optaron por visitarme y me dijeron que les gustaria ir en escapadas de compras, almorzar e ir al spa.

Que incluso me habían comprado un periquito, que había denominado Pepillo.

Pepillo canta en la mañana y hace un chirrido suave al caer la noche.

Él era gran empresa y de acuerdo a mis hijas, justo lo que necesitaba. Tuve que tomar medicación, que tomé sin falta al principio.

Pero cuando dejé de tomar el medicamento, comencé a oír la voz de Maddie.

Pensé que Maddie se había ido, pero eso no era cierto.

Ella había escondido en las paredes de la casa.

Por la noche, ella le susurran me, su voz llena cualquier habitación que estaba en como si fuera un estéreo surround sistema de sonido.

Maddie acordó que me dejaba salir con mis hijas, pero sólo si prometí venir casa antes del anochecer. Durante una visita de mi hija menor, nos quedamos fuera más tarde que me había prometido. Esta vez, cuando llegué a casa las habitaciones, todas, estaban oscuras.

Y a pesar de que el resplandor naranja rojizo de la puesta de sol iluminó el patio fuera de la ventana, de alguna manera la luz ardiente no hacerlo

pasado el vidrio panorámico.

Encender la luz no pareció iluminar la habitación totalmente; las sombras sólo se reunieron en las esquinas. Algo estaba mal, el aire era pesado y un olor mohoso cosquillas mi nariz.

Por lo general, veía al pajarraco revoloteando en su jaula y gorjeando. Pero ahora parecía vacío y la casa estaba llena de una densa quietud.

Me acerqué a la jaula y en el fondo yacía Pepillo, su cabecita retorcida en un ángulo imposible. También había sangre de una herida que no podía ver.

En el piso de la jaula, junto a su comedero, garabateado en lo que supongo que era su sangre, había un mensaje escrito como si fuera una mano de un niño que decía: "no llegues tarde".

Limpié lo mejor que pude, todo el tiempo llorando. No para Pepillo, aunque estaba triste por su muerte, pero estaba llorando porque había decepcionado a Maddie. Nunca llegué tarde otra vez.

Las cosas salieron bien por un tiempo. Salía con las chicas y pasaba los mejores momentos juntos. Luego, me daría prisa para llegar a casa con Maddie y contarle sobre mi día.

Todo estuvo bien hasta el día en que el médico me dijo que ella y mis hijas habían decidido que tendrían que vender la casa y acercarse a ellas. No pude hacer nada para detenerlos, ya que se habían convertido en mis guardianes legales ya que me consideraban mentalmente incapacitada.

Si no fuera con ellos, tendría que vivir en un hogar especial. En otras palabras, estaría encerrada de nuevo. Una vez más, estaba devastada: solo que esta vez, sabía que no podía irme.

Llegué a casa esa noche y le dije a Maddie lo que el doctor había dicho. Estaba tan furiosa como yo y me sugirió que fuera a vivir con ella; estuve de acuerdo.

Maddie me dijo qué hacer. Fui al estacionamiento a esperar que el doctor salga a su auto.

Tan pronto como estuvo sola, la golpeé y le corté las muñecas. Recogí

algo de su sangre y me la llevé a casa.

Utilizando la sangre, dibujé en la pared, exactamente como lo había ordenado Maddie.

Justo cuando el sol se ocultaba detrás del horizonte, repetí las palabras que Maddie me había enseñado y la pared brillaba como si estuviera cubierta con una gasa plateada. Maddie estaba en el otro lado esperándome.

Ella era literalmente una muñeca viviente. Tenía una cabeza llena de cabello castaño rojizo que le caía hasta los hombros; sus mejillas de porcelana se sonrojaron de rosa y sus ojos de cristal brillaban con una energía sobrenatural.

Cuando ella extendió su mano, la tomé sin vacilar y atravesé la reluciente pared.

En el momento en que lo hice, sentí que un fuego ardiente perforaba mi pecho e irradiaba por todo mi cuerpo.

El dolor era tan insoportable que quería morir. Estaba tirada en el suelo, tratando de respirar, pero el aire no llegaba.

Maddie se arrodilló y me susurró que dejara de pelear y que dejara que sucediera. En poco tiempo, el dolor desapareció y me di cuenta de que no necesitaba respirar.

Maddie dijo que mi alma se había ido; me había vuelto igual que ella.

Estaba eufórica. Cuando la pared se cerró, nos tomamos de la mano y nos alejamos, y nunca miré hacia atrás.

Encontré mi tranquilidad.